

deplorablemente en ellos. Fijaos, no más que por un momento, en el Panteísmo de Krause y Schopenhauer, en el Materialismo de Buchner, en los ensueños de regeneración de la humanidad, ó sea el Socialismo, de Comte; en el Positivismo de Spencer y Littré, en el Racionalismo de Renan y de Taine, en la Antropología de Darwin y de Haeckel, y convendréis, Señores, en que para volver á las religiones de la India, á la moral de Epicuro, á los odios hipócritas de Juliano, á los delirios de Plotino, á las Teorías de Pitágoras, es verdaderamente doloroso, aparte del mal causado en las inteligencias y en los corazones, que es lo más desconsolador y lamentable, haber escrito tantos libros, empleado tantas vigiliás, gastado tantos talentos.

La ciencia atea de nuestros días parece tender con preferencia á combatir al Dios Personal, Creador del Universo, con las armas que la naturaleza misma, la materia, la fuerza, la física, la biología, las especies que sienten ó que piensan, puede suministrarle. ¡Qué delirio! Esos entendimientos audaces, esos corazones impíos, quedarán más confundidos aún al cabo de sus fracasados empeños, que antes de haber concebido sus odiosos propósitos. Ni del astro, ni del mineral, ni del ave, ni de la planta, ni de las flores, ni de los animales de todas las faunas, ni de las aguas de todos los mares, y menos todavía del hombre, sacarán nunca esos talentos soberbios la explica-

ción ni la excusa de sus rebeldías y sus blasfemias. Los astros con su marcha, la tierra con sus tesoros, el ave con su canto, la planta con sus verdores, la flor con su aroma, el animal con sus instintos, el mar con sus misterios, el hombre con su razón de un origen divino, entonarán perpetuamente himnos humildes y fervientes en alabanza de Aquel á quien plugo darles virtud, y movimiento, y sensaciones, y propiedades. ¡Ah! Si solamente de los estudios especulativos, de las esferas del raciocinio y el encadenamiento del discurso, dependieran el esclarecimiento y la confesión de la verdad, los enemigos de la Iglesia Católica vendrían en breve á proponer la paz á los defensores de la verdad revelada. Pero es el orgullo, es el encono, es el temor á toda sanción divina, es el odio á todo orden sagrado, es el olvido de toda Metafísica y toda Etica, es el placer y el deleite, son todas las pasiones salidas de su cauce, anegando todos los campos del bien, los que luchan y se agitan; y de corazones así violentos y pervertidos no podemos esperar ni arrepentimiento ni salvación sin repetidos milagros de la Omnipotencia y de la Misericordia divinas.

Y esto que nosotros decimos de la falsa filosofía, lo sentimos igualmente de la cultura de nuestra época. El espíritu moderno—es fuerza confesarlo—se ha empeñado en presentar todo progreso, todo descubrimiento, toda industria, todo

arte, como medios de un bienestar que el Catolicismo no ofrece, como un reto soberbio de la razón á la fe, y aun del hombre á su Dios: y en presencia de tamaños desvaríos, la Iglesia Católica, que anhela el verdadero progreso, que bendice por sus Obispos ó sus Sacerdotes toda idea, toda empresa, todas las manos y todos los instrumentos que vienen á constituir una mejora cierta y provechosa, ha tenido que fijarse en el espíritu materialista y ateo que suele presidir á muchas manifestaciones de la inteligencia ó del ingenio de los enemigos de sus dogmas y de sus enseñanzas, y ha condenado esta proposición insidiosa: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con la civilización moderna» (1). Si es evidente que el espíritu humano ha hecho grandes adelantos y grandes conquistas, esas conquistas y esos adelantos hay que hacerlos servir, lo mismo al mejoramiento material de los pueblos que á la causa de la moral y de la religión, de la fe y de la caridad; y, muy lejos de esto, nosotros vemos con espanto que las sociedades modernas van corrompiendo sus caminos como las razas antediluvianas; porque el libro que llevan en su corazón y en sus sentidos es el libro en que una mentida ciencia ha escrito todos sus sofismas, el interés todos sus egoísmos, el mundo todas sus seducciones, la

(1) *Syllabus*.

sensualidad todas sus impurezas. Esto, Señores, respecto de los individuos; que, respecto de los Estados, hallaréis alguna vez, con triste asombro, que el Derecho con todas sus grandezas, los sentimientos generosos con todas sus dulzuras, la lealtad con sus nobles atractivos, suelen ser cosas bien desdeñadas por los Imperios modernos, los cuales han entronizado en su lugar, casi con las deificaciones del mundo pagano, estos tres tiránicos ídolos: la fuerza, el oro y la astucia.

Señores Abogados: en vista de este cuadro pavoroso, donde, si es un tanto vivo el colorido, el dibujo y la composición están llenos de exactitud y verdad, busquemos consolaciones y remedios sobre el pavimento de nuestros templos, y orando ante sus altares. Y como prenda más segura de bienhechora esperanza, como resorte decisivo de nuestro bienestar y nuestra ventura, acudamos á esa Virgen Clemente, que es Trono de la Sabiduría, y cuyo solo Nombre es luz que alumbra y que engrandece, lo mismo á los pueblos que á los individuos: *Sedes Sapientiae*. Y prestadme todavía vuestra notoria benevolencia para considerar á la Madre de Dios como Auxiliadora de las sociedades cristianas: *Auxilium Christianorum*.

III

Nosotros hemos rápidamente descrito la influencia de la Santa Virgen María y los beneficios de su maternidad bienhechora en las generaciones evangélicas. En su acción continua y fecundísima sobre la vida de la Iglesia, acción paralela de la verdad y de la caridad de Cristo, aunque no de valor absoluto é infinito como la acción del Fundador Divino, María ha inundado de suavidad y de grandeza todos los órdenes de la vida humana: el templo, el hogar, la ciencia, las leyes, las costumbres, las inteligencias y los corazones.

Ahora, Señores, hemos de considerar el Nombre de María desde otro elevado aspecto, examinando más amplios horizontes, admirando y reverenciando á esa amorosa Virgen como á Pastora de numerosa grey, como á esperanza de los pueblos que forman una nación y una patria, como á auxilio fuerte y seguro de la sociedad cristiana. Así podremos fijar especialmente nuestra atención en la Festividad que celebra en este día la Iglesia; recordar, con ocasión tan propia, la más gloriosa epopeya de nuestra historia nacional; pedir con voz sentida á los Monarcas, á los caudillos, á los legisladores, á los gobernantes de Europa soluciones imperiosamente demandadas á un tiempo por la Religión y por el Derecho, por la causa de la civilización, por los fueros de la hu-

manidad, por el honor de tantas generaciones heroicas como derramaron profusamente su sangre bajo la bandera de Cristo.

El Nombre y la protección de la Virgen María fueron constantemente invocados en los más reñidos combates por los guerreros de todas las generaciones católicas, y mil monumentos célebres son perdurable testimonio de las misericordias de esa Madre del cielo. Pero el título consolador y magnífico de «Socorro del pueblo cristiano,» el último consagrado por el amor de la Iglesia y por la piedad de los Pontífices en la Letanía Lauretana, si se exceptúa el grandioso homenaje del inolvidable Pío IX á la Concepción Inmaculada, salió de los devotos labios de otro Sucesor de Pedro, en uno de los momentos más solemnes que la Cristiandad entera presenciara: fué pronunciado por el inmortal Pío V que, arrodillado bajo las bóvedas del Vaticano, fijos en el cielo los ojos, elevado en éxtasis sobre el mármol del Templo, viendo con la visión de los Santos decidirse la victoria de las armas cristianas sobre las naves turcas cerca del istmo de Corinto, dió gracias fervorosísimas á la Virgen María, llamándola con una advocación sublime, que constituiría para siempre una hermosa página de nuestra conmovedora Liturgia, *Auxilium Christianorum*. Ciñámonos, pues, en estos cultos á hablar de la intercesión de la Virgen María en la prolongada lucha de los hijos de la Cruz contra la Media Luna.

Historiadores que viven en las funestas sombras del indiferentismo religioso, cuando no son enemigos declarados de la verdadera Iglesia, pretendieron cambiar en aureolas de brillante luz los cárdenos resplandores de la sensualidad y el fatalismo que rodearon la frente del Profeta del Islam; pero la historia imparcial y la crítica sensata han sabido volver por la sagrada causa de la verdad obscurecida y de la dignidad humana uitrjada. Yo no intentaré de modo alguno, en este día y en este sitio, justificar el horror que esa falsa religión me inspira: ¿cómo olvidar que nuestra patria sufrió el ominoso yugo del árabe durante cerca de ocho siglos, sin anegarse, es cierto, en aquel mar de fanatismo y de lascivia, pero formando otro mar con su sangre y con su llanto? Los Soberanos de las más poderosas naciones de Europa no miraron con interés nuestras desdichas, y únicamente la voz piadosa y paternal de los Pontífices de Roma se alzaba con frecuencia en favor nuestro. Y, sin embargo, puede afirmarse con razón que nuestra fe y nuestro heroísmo salvaron al Occidente de las hordas destructoras de los Emires y los Califas.

Dejadme, Señores, que recree mi imaginación y dilate mi ánimo pensando en aquella Cruz de roble, en aquellos estandartes de la Virgen María, en aquellas Imágenes benditas de la dulce Madre de Dios, que desde el hijo de Favila hasta los Reyes Católicos acompañaron á nuestros ejér-

bitos, ó encendieron en ellos la llama sagrada que alumbró sus triunfos; desde los riscos de Covadonga hasta el nacimiento del Esla; desde las estribaciones del Teleno hasta las corrientes del Pisuerga y del Tormes; desde la conquista de Toledo á la toma de Jaén, de Córdoba, de Sevilla, de Murcia, de Valencia; desde las riberas del Guadalquivir al reino hermoso que riegan el Genil y el Almanzora, y dominan las empinadas cumbres del Mulhacen y del Veleta. Y dejadme saludar asimismo las inmortales figuras de los Reyes y caudillos que en todas esas centurias son salvadores de su patria y paladines de la Virgen María: Pelayo, Alfonso el Magno, Fernán González, el Cid, Alfonso VI, Alfonso VII, Alfonso VIII, Jaime I, Fernando el Santo, Isabel I, Fernando V, Ponce de León, Pérez del Pulgar, Garcilaso de la Vega, Gonzalo de Córdoba. Y esmaltando estas envidiables glorias, haciendo reverdecer tantos laureles, aparecerán todavía en nuestro suelo, mereciendo alabanzas y bendiciones de la Cristianidad entera, aquel Cisneros, que soñaba con la conquista del África y tomó á Mazarquivir y Orán; el Emperador Carlos V, que humilló á Barbarroja y se apoderó de la Goleta y de Túnez; Felipe II y D. Juan de Austria, que sepultaron en el mar Jónico aquella terrible armada turca, que traía espantado á todo el mundo católico, ocasión, como escribía Cervantes, la más alta que presenciaron los siglos, y en la cual la devoción y

el amparo de la Virgen María dieron á todas las generaciones cristianas una de las más solemnes y populares Festividades; esa fiesta amada del Rosario, lámpara perennemente encendida en los hogares españoles, práctica salvadora preconizada precisamente en nuestros días por los augustos labios de Pío IX y de León XIII, como una dulce esperanza para el remedio de los males que aquejan á las sociedades modernas

Mas ¡oh dolor! la apatía inconcebible de los Príncipes, las rivalidades de las naciones, el error protestante, que había sembrado ya sus odios y sus culpables apetitos en pueblos numerosos, impidieron que la jornada memorable de Lepanto pudiese producir todo su fruto; y si una garra del monstruo, que por tan largo tiempo se extendiera sobre las costas de Sicilia y del mar Adriático, y que hizo tantas víctimas y tantos mártires en Nicosia y Famagusta, fué gravemente herida, dejósele destrozar con la otra espléndidas regiones, tan amadas de la Religión como de la naturaleza. Ni los ruegos y exhortaciones de los Vicarios de Cristo, ni los esfuerzos incesantes de la católica Austria, ni la pasmosa constancia de la República Veneciana, ni la fe ardiente y probada de Polonia consiguieron arrancar de la dominación de los turcos á Buda y á Belgrado, ni librar de continuas depredaciones la patria de los Corvinos; y la victoria de Montecúculi en San Gothardo, y el triunfo de Sobieski en Choczim, no fueron bas-

tantes á evitar que un formidable ejército otomano pusiera estrecho cerco á la imperial Viena.

Señores: imaginar tan sólo que aquel firme baluarte de todo el orbe cristiano hubiera sucumbido bajo el poder de los Sultanes de Constantinopla, inmuta y contrista al par el corazón y el entendimiento. El Occidente hubiera vuelto á aquellos aciagos días en que Solimán, el lector asiduo de los *Comentarios* de César, se hacía dueño de Rodas, tomaba en Hungría baluartes que le facilitarían el camino de Alemania, y sitiaba ya á la capital del Imperio; en que Selim II, recordando el juramento de Mahomet, de apoderarse de Italia y profanar impiamente la Iglesia de San Pedro, lo renovaba á cada paso con presuntuosa soberbia.

Pero el cielo clemente no lo quiso. Apiadóse el Señor de los pueblos de Europa, no obstante sus apostasías y sus tibiezas, y las tranquilas aguas del Danubio contemplaron la derrota del orgulloso Visir que se proponía pasear triunfante sobre sus ondas en engalanados esquifes. ¿Y sabéis á quién fué principalmente debido este inolvidable triunfo? Ya lo proclamaron y lo dijeron al mundo los suspiros de agradecimiento y las lágrimas de júbilo de la ciudad atribulada; la Corte del piadoso César, poseída de emoción profunda; las cartas edificantes y sublimemente tiernas del intrépido y religioso Sobieski; pero lo dijo singularmente el Papa Inocencio XI, restaurando, en conmemora-

ción de aquella inmortal jornada, la devota Fiesta del Dulce Nombre de María, ya celebrada en España desde los comienzos del décimosexto siglo.

La Historia, Señores, ha legado á la posteridad notables pormenores acerca de los grandiosos hechos del día 12 de Septiembre de 1683. Juan Sobieski, sirviendo la Santa Misa en la Capilla de San Leopoldo y recibiendo fervorosamente la Hostia eucarística con sus principales caudillos, parecía un ser extraordinario y sobrehumano. Quizá vió vagar por aquellas célebres bóvedas las sombras de los Huniades y de San Juan de Capistrano, vencedores de la Media Luna en Belgrado: quizá la Virgen María se dignó iluminar su espíritu con las más consoladoras promesas; é invocando este Nombre de amor, como el hijo de Carlos V en Lepanto, aquel Monarca insigne, cuyo valor y cuya pericia secundaban el ímpetu de su fe, obtuvo en las orillas del famoso río una victoria gemela de la alcanzada un siglo antes en el Cabo de *Actium*. ¡Ah, Señores! Sin el influjo de este maravilloso suceso; sin el ejemplo arrebatador de aquella piedad ardiente, nosotros no comprenderíamos las gigantescas empresas de Veneciano Morosini, ni las legendarias hazañas del Príncipe Eugenio en Zenta; victorias que, trayendo la paz de Passarovitz, contribuyeron con Sobieski á salvar y á consolidar la civilización del mundo.

Señores Abogados: No creo yo traspasar en

ningún modo los límites de mi misión sagrada, con formular esta pregunta: ¿cómo, después de tantos siglos de Cristianismo, existe el Imperio turco en el seno de Europa? ¿Por qué las naciones creyentes del siglo XVI no consumaron la obra restauradora, y libertaron para siempre la Cristianidad del yugo tiránico y homicida de los Sultanes de Turquía? ¿Por qué no rescataron aquellos pueblos del Asia, del África y de Europa, donde resplandeció la figura divina del Salvador del mundo, donde la Emperatriz Elena erigió tantos templos, donde se propagó rápidamente el Evangelio; donde brillaron las glorias de Éfeso y de Hippona; donde sembraron respectivamente la ternura de su fe, el fuego de su contrición ó su prodigiosa elocuencia, San Cirilo, San Agustín y el Crisóstomo; donde arrastró su degenerada y difícil vida el Imperio de Oriente; donde los Bayacetos y los Mohamet, y los Selim y los Amurates ejercieron tantas crueldades y causaron tantos horrores? ¡Oh desgracia! Los Monarcas y los capitanes ilustres que sostuvieron tantas guerras en el siglo XVII; que alentaron entre pueblos cristianos tantos odios y tantas ambiciones; que hicieron verter tanta sangre y tanto llanto en el centro de Europa, miraron sin indignación ni enojo, no parecieron preocuparse siquiera, de tanta devastación y tantas víctimas como hacía el Imperio turco en plena Edad Moderna. Las Naciones del Viejo Continente pudieron correr al descubri-

miento de Continentes Nuevos, para arrojar de sus montañas, de sus ríos, de sus llanuras, á los inofensivos habitantes de América, hasta querer borrar, no evangelizando, sino exterminando, los últimos aborígenes de aquel territorio inmenso; las más fuertes Naciones de los últimos siglos, apartando todo rubor y todo escrúpulo, llegaron hasta la iniquidad de repartirse los gloriosos pedazos de un reino de Santos y de héroes: y esas grandes potestades del mundo moderno dejan en pie, por rivalidades y egoísmos sin ejemplo, un poderío caduco, que se formó conquistando, destruyendo, incendiando regiones y monumentos; que retó, altanero y envanecido, á toda la flor de los caballeros cristianos; que envilecía á la mujer, que faltaba á los pactos, que se mantuvo siempre con la depredación y la rapiña sobre los pueblos débiles y sobre las ciudades y villas imprevisoras y confiadas.

¿Cómo, repito, no ha desaparecido ya ese Imperio fatal, de entre las naciones civilizadas? Sin duda que los recelos de los Soberanos y la tibieza de los corazones católicos han podido pesar más que los fervores de Pío V y de Felipe II, que los talentos militares de D. Juan de Austria y de Eugenio de Saboya, y que la espada fulminante del piadoso Sobieski; pero quien más aciaga influencia ha ejercido en esa inacción afrentosa y culpable, yo lo repetiré mil veces, es aquel error sin nombre, ahito de sensualidad, ansioso de ra-

pacidades, avaro y egoísta por cálculo, y cuyos tesoros y cuyas naves no se emplearon jamás para defender las causas justas y los pueblos desvalidos, sino para la opresión y el despojo. ¡Oh! Si cualquiera de esos pueblos, menospreciadores de la fe católica, pudiera apropiarse él solo, sin la participación de otros, ese Imperio moribundo, ya descorrería al punto el velo de los equilibrios mentidos, la máscara de sus hipocresías y de sus conveniencias, y dejaría desnuda aquella torpe faz del gran cisma de Focio, ó de las apostasías de Lutero. Pero ¡ay de esos reinos y esos colosos insaciables, que nunca son capaces de defender las causas justas, si no encuentran al término de su camino el propio engrandecimiento! El dedo de la Providencia puede hacerles caer como á los pequeños y los débiles. Vulnerando casi constantemente el derecho y hollando la justicia, hacen el vacío moral en torno suyo; y con esa ausencia horrible de todo sentido recto habrá de suceder, al fin, lo que acontece con el vacío de la física, en que el plomo cae dentro del tubo como la ligera pluma del ave.

Condensando ya las ideas del presente Panegírico, repetiremos que la devoción de la Virgen María es faro bienhechor que descubre é ilumina los caminos de la rectitud, la hermosura de todas las verdades, el secreto de todos los consuelos que puedan vigorizar el espíritu. Nosotros hemos dicho que el nombre de María significa *Estrella*.